

—Tiene Toscana, artistas de un orden tal, que embellecerán por siglos de siglos su historia.

—Yo, señor, he ido pidiendo limosna de puerta en puerta para llegar hasta el Monasterio de Asís y ver allí en las bóvedas de la iglesia inferior la vida de San Francisco retratada por la mano del Giotto. Cuando la he contemplado, he creído contemplar el santo mismo asistido en sus peregrinaciones por los ángeles del cielo y acompañado en sus cánticos por los ruiseñores del bosque. Y flaqueándome las rodillas, y desvaneciéndoseme la cabeza de santa admiración, he pedido al Padre Seráfico que, á la hora de mi muerte, se ejercite en aletear en torno de mi agonía las mismas alas que recojieron su alma y la llevaron á través de lo infinito en presencia de Dios. Yo me he quedado un día entero en éxtasis ante el Calvario de Carrallini donde Cristo agoniza en la cruz con una bandada de ángeles suaves en torno de la cabeza y una legión de fuertes guerreros á los piés; grupos de tal manera combinados, que creis oír á un tiempo las melodías celestiales confundidas con las tormentas terrestres. Yo he adorado en la catedral de Prato, la he adorado como cristiano y como artista, la Asunción de Gaddi que se eleva á las alturas como una plegaria y que recibe de la Trinidad Santísima su corona, más luminosa que las estrellas del firmamento. Yo he creído volverme loco, cual su mismo autor Spinello, al descubrir en la cofradía de San Miguel de Arezzo, la figura marcial del Arcángel vencedor hollando con sus plantas, teñidas por los reflejos de la aurora, al enorme diablo enrojecido en las llamas de los infiernos. Yo he respirado la muerte en el Campo Santo de Pisa al ver las paredes donde Orcagna trazó sus triunfos sobre los nacidos. Yo, más léjos, en aquel mismo empirio de las artes, he seguido la vida de San Raniero y me he imaginado que veía el águila semejante á la que tendió sus alas sobre la cabeza de San Juan, allá en la isla de Patmos, trayéndole en el pico una antorcha encendida en el fuego de Jerusalem; los enfermos curados á una vislumbre de sus ojos y los muertos resucitados á una palabra de sus lábios; el día de su paso de esta vida, en que el arzobispo Villani, postrado dos años hacia en su lecho por irremediable parálisis, se levantó con juventud tras largo tiempo no sentida y con agilidad propia de otros más felices años, á oficiar en sus funerales, y al suprimir el Gloria in excelsis, como es de rúbrica en las misas de difuntos, suave melodía jamás oída se difundió en la iglesia, porque los ángeles bajaron en coro de las alturas á entonarlo como en las misas de fiesta, acompañados por el órgano, que tocó sin que nadie moviera sus teclas, con cadencias á cuya dulzura los asistentes creyeron ver abrirse los cielos y entrar en el éter el alma inmaculada de su santo. Y en todas estas contemplaciones místicas he sentido derramarse á un tiempo mismo por mis venas la fé que nos hace cristianos y el deseo de producir y de trabajar que nos hace artistas. Ya veis, Señor, si siento y si admiro.

—Y yo aplaudo. Francamente, para mí, una de las mayores, entre las facultades humanas, paréceme la facultad de admirar. El que no admira, no siente. Y el que no siente ni la naturaleza ni el arte, y no se maravilla en presencia de los hechos heróicos que han ilustrado la historia y que han engrandecido á los pueblos, jamás llegará al ministerio verdadero del artista, á expresar bellamente las ideas. Por esta causa, en cuanto veo á un artista jóven y quiero presentir y averiguar su destino en el mundo, no le pregunto si sabe producir, le pregunto si sabe admirar. En vos he hallado esta devoción necesaria á los génius. No dudo, pues, que sabreis imitarlos, puesto que sabéis comprenderlos. Ya que admirais, sereis admirado; ya que bendecís, sereis bendecido; ya que poneis á los demas en los altares de la gloria, en los altares de la gloria sereis puesto.

—Hoy mismo, nuestro arte cuenta con sacerdotes que merecen verdadero culto. Un tiempo que tiene desde Fra Angélico, el extremo ideal, hasta Masaccio, la extrema verdad, habrá de llamarse en el humano lenguaje un tiempo gloriosísimo.

—Bien se conoce que le admirais á éste último con ferviente admiración.

—Y le admirará el mundo conmigo, porque ha roto la arbitrariedad convencional de las escuelas y ha buscado la vida misma en el seno de la naturaleza.

—Pues yo, mirando este cuadro, os anuncio que continuareis su gloria.

—Y para que ese anuncio se cumpla, dispensadme la honra de guardarlo en este olimpo, donde puede ocupar por vuestra bondad un puesto jamás debido á su mérito.

—Mucho os lo agradezco, y lo contaré entre los ornamentos mayores de mi palacio. Pero ya lo sabéis, jóven, yo no acostumbro á quedarme con ninguna obra de arte sin saber antes y pagar su precio.

—Señor, yo quiero uno muy alto, quiero un favor de subidísima estima.

—Hablad.

—Señor, yo amo, sí, amo locamente.

—¡Cáspita! Pues no sale el buen frailecillo con mala embajada á estas horas. Amais. Me parece natural, naturalísimo.

—Estoy perdidamente enamorado.

—Lo creo sin que me lo jureis.

—¿Cómo pertenecer á esta edad del florecimiento universal sin experimentar la fiebre de vida que á todos justamente nos asalta? ¿Cómo sentir esta pasión de crear y no sentir la necesidad de querer? ¿Cómo vagar en pos de las formas bellas y no quedarse prendado de la más bella entre todas, de la mujer, á quien Dios concediera la seducción del placer? Dante y Petrarca no hubieran escrito el uno su poema épico, el otro su poesía lírica, las dos obras mayores de Italia, sin las dos Musas que han sonreído á su fantasía, sin Beatrice y sin Laura. Pues nosotros, los pintores, no dejáramos en las

tablas y en las paredes esas vírgenes hermosísimas cuyas miradas despiertan el ideal en la humana mente y las pasiones en el humano corazón, si no sintiéramos discurrir por nuestras venas el fuego verdadero de la vida, si no sintiéramos el amor. Yo estoy enamorado de una hermosísima mujer. Si redujerais mi cuerpo á cenizas, allí en sus átomos estaría el rescoldo de mi pasión. Si impulsárais mi alma como un cometa errante por lo infinito y por lo eterno, de espacio en espacio, de cielo en cielo, de edad en edad, de esfera en esfera, conservaría como un calor necesario el fuego de esa pasión. Me decíais que no se puede producir sin admirar. Pues tampoco se puede admirar sin amar. Y por esta razón el ser más digno de amor será también el ser más digno de admiración, la vírgen, la amante, la madre, mitad bellísima de nuestra alma, complemento necesario de nuestra vida, inspiración eterna de nuestras obras, miel que endulza nuestras hieles, flor que brota sobre nuestras espinas.....

—¡Qué larga letanía! Callad, callad, ó no acabareis nunca, si tratáis de decirme todo cuanto os venga á las mientes respecto de un tema tan inagotable como el amor de los amores, como el amor de la mujer.

—Confieso no saber lo que me digo en cuanto hablo de mi pasión por excelencia.

—Francamente, cuando pregunté á Vuestra Paternidad si sentía el afecto de la admiración, no me atreví á preguntarle si sentía también otro afecto quizás igualmente indispensable, el amor.

—Pues si lo creíais indispensable, ¿cómo lo callábais?

—Pero ¿os olvidáis de que sois fraile? ¿Os olvidáis de que tenéis votos eternos? ¿Cómo quereis que yo preguntara á quien ha debido renunciar por toda la vida á ciertas pasiones, si sentía hacía el claustro verdadera vocación?

—Es verdad. Harto os lo revelaba el centelleo de mis ojos enardecidos y el ardor de mi palabra caldeada. Harto os lo revelaba este acento de fuerza que no puede modelarse sino en yunque de pasión y á los golpes de un corazón incontrastable. Amo, amo, amo locamente. No me pertenezco á mí, pertenezco á la mujer que adoro.

—Mas ¿cómo diablos habeis caído en tan extraña complicación? ¿Cómo sintiendo así habeis entrado en el claustro? Los monasterios deben ser ó nidos de inocencia ó cárceles de arrepentimiento. Si Francisco de Asís entrara en el convento cuando rondaba, y jacareaba, y cantaba, no fuera nunca santo tan grande. Vos ceñíais al cuerpo esa túnica de fuego semejante á la túnica de Neso, que llamamos amor, y os habeis ceñido el sayal de la penitencia. Confesad que estais dejado de la mano de Dios. Vuestra situación resulta una verdadera enfermedad. Pero vuestra enfermedad resulta incurable.

—Incurable, por médicos vulgares; accesible á la cura que puede darle un hombre como el Gran Cosme.

—¡Yo! ¿Estais loco? No comprendo qué puedo yo hacer.

—¡Y pronunciais la palabra *puedo* ó *no puedo*, vos, Cosme de Médicis!— Vos sois el poder. Y el poder quiere decir un cuerpo sano, cuando todos enferman; una inteligencia infalible, cuando todas yerran; una vida despierta, cuando todas duermen; unas riberas en que siempre soplan vientos puros y siempre llegan olas favorables. Una ciudad que se puebla como por encanto; una fuerza que arrastra cual pudiera arrastrar la fatalidad; el cambio con fortuna, la inspiración espontánea, la virtud de facilitar lo difícil y realizar lo imposible; el estómago que se come un buey sin haziarse y se traga un veneno sin romperse; el gallo que llega á un corral y vence á todos sus rivales de harem; el general que llega á un ejército insurrecto y lo disciplina con una mirada; el toro que llega á una dehesa y lleva en pos de sí las vacas; el caballo que más corre y el pájaro que más vuela. Vos debeis hacer las cosas con la misma facilidad que nosotros ideamos los pensamientos, porque un poderoso de vuestro temple está habituado á la acción como nosotros á los fantasmas. Tan fácil debe ser á un Cosme de Médicis realizar empresas, como á Filippo Lippi concluir cuadros.

—La naturaleza reparte bien desigualmente sus dones. Así, vosotros los artistas, no sabeis una palabra de nosotros los políticos. Acostumbrados á espacios donde no hay obstáculos, allá á los aires libres, imagináis que se puede andar por la tierra como se vuela por el cielo. Pero aquí á cada paso hay un obstáculo, y en cada obstáculo un tropiezo. Aquí en burlar la dificultad cuya fortaleza no se puede rendir ni vencer, gastamos mucho más tiempo que vosotros allá por las alturas en idear las grandes obras y realizarlas. Dejadme, pues, con esas hipérbolas del poder, ó decidme con llaneza lo que deseais con tanta vivacidad.

—Deseo casarme.

—¿Sencillamente?

—Sencillamente.

—Y ¿cómo diablos quereis casaros, habiendo pronunciado vuestros votos?

—Hay quien los dispensa.

—El Papa.

—Justamente, el Papa.

—¿Conoceis á Su Santidad Eugenio IV?

—No, pero conozco á Su Grandeza Cosme de Médicis.

—¿Y porque conoceis á Cosme de Médicis, imagináis posible el conseguir vuestro loco deseo?

—Acabais de prometerme que abriéis vuestra mano para derramar sobre mi frente toda suerte de beneficios.

—Y cumpliré lo prometido.

—Pues el único beneficio deseable para mí es que me caseis.

—A buen oficio me reducís.

Dijo Cosme frotándose las manos de gusto, pues realmente le divertían las pretensiones de Filippo.

—¡Vaya! Quien lo puede todo, lo hace todo. Dios realmente ha hecho á Cosme de Médicis y ha hecho á su bufon. Vos podeis hacer un Estado y hacer un casamiento. ¿Qué tiene eso de particular?

—Vaya en gracia. ¿Pero decidme, dónde está esa novia singularísima, la cual no tiene escrúpulo alguno en casarse con fraile profeso, carmelita, por añadidura, siquiera sea con la dispensa del Papa?

—Si no me conoce.

—¿Estais loco?

—No sabe siquiera que la amo.

—Sois un verdadero insensato.

—Yo nunca le he dicho una palabra.

—¿Y antes de saber si os ama ó no, andáis pidiendo dispensas?

—Perdonad tanto orgullo; pero yo creo que me debe amar.

—Lo que no puedo perdonar es tanta inocencia. De lo mucho que os amais á vos mismo, deducís lógicamente lo mucho que deben amaros los demas.

—Oidme. ¿Creeis posible que vaya en presencia de una mujer á pedirle su amor, si no puedo ofrecerle legítimamente mi mano?

—En el mundo, por nosotros habitado, no se prepara cosa alguna para el matrimonio hasta no asegurar el consentimiento de la persona amada.

—Es verdad. Pero dejadme á mí regirme por las leyes que yo mismo en persona me he dado.

—No es un derecho tan válido é indisputable como imagináis. Pero aun concediéndolo llanamente y por evitar controversias, permitidme deciros que el derecho innegable es mi derecho de crítica.

—Dejémonos de primores y vamos al grano. ¿Quereis pedir á Su Santidad que me dispense de los votos religiosos?

—¿Pues no he de querer?

—¿Querer como quereis todas las cosas, con esa misma vehemencia?

—Con esta misma vehemencia.

—Si usarais un acento más afirmativo en lugar de repetir las últimas palabras de mi discurso, creeríame ya casado y hasta con hijos.

—Si como soy, por bondad de mis conciudadanos, jefe de la República florentina, fuera por voto de los cardenales jefe de la Iglesia Católica, y habria realizado vuestros deseos.

—Respiro, porque me parece que se realiza, si llevais á vuestros empeños el ardor que habeis llevado á vuestras palabras.

—Pero no contestais á mi pregunta, á la pregunta de si conoceis ó no al

Santo Padre Eugenio IV, que Dios guarde muchos años para bien de la cristiandad.

—¿Cómo quereis que un pobre carmelita conozca á todo un Pontífice?

—Pues, sin duda alguna, porque no le conoceis imagináis hacedero lo que pedís.

—Nadie se resiste, ni Papa, ni rey, en el mundo, á una súplica de los Médicis. Tan solo por la satisfaccion de que le pidais algun favor, le creo capaz de concederlo sin vacilacion ni incertidumbre.

—Si conocierais á Eugenio IV, no tendríais esa ciega confianza. Elegido en medio de un cisma, á causa de su misma medianía, porque todos los cardenales deseaban huir de las voluntades viriles y de las inteligencias superiores, que por sí mismas dominan é imperan, quiere ocultar la humildad de su origen con la soberbia de sus resoluciones. Ved ahí la causa de tener tan innumerables enemigos. Creyendo que podria dominar á los partidos romanos, les hirió á todos, cosa que solo hubiera podido hacer un hombre de otros medios y de otro temple. Los partidos se movieron á una contra él y lo lanzaron de Roma. Huido de una iglesia, embarcado en una lancha que le condujo por el Tíber, los ciudadanos le seguian por la orilla arrojándole innumerables piedras y diciéndole innumerables injurias. Todas estas escenas de horror se le representan á cada instante en la memoria y ahogan en su voluntad cualquier resolucion generosa dictada por su corazon. Luego, en pugna con los Colonnas y los Orsinis, que lo persiguen y lo maldicen hasta fuera de Roma; en pugna con los Estados Pontificios, que lo desconocen y lo destronan; en pugna con los Padres del Concilio de Basilea, que lo desacatan é injurian; en pugna con los primeros potentados de Italia; herido en su corazon por los cismáticos y en su fé por los husitas, el mal humor engendrado por estas dificultades, muchas veces invencible, lo lleva á desahogarse con gran facilidad en el primero que se presenta, y siempre de mal talante suele negarse á las demandas más naturales y más justas.

—Pero se acerca un día solemne. Ese Papa tan oscuro alcanzará gloria superior á la gloria de Gregorio séptimo y de Inocencio tercero. La division de la Iglesia griega y la Iglesia latina vá á concluirse. El espíritu cristiano recobra su unidad bajo las blancas alas del Espíritu Santo. Algo parecido á lo que sucedió en Nicea al confirmarse la divinidad del Hijo, vá á suceder en Florencia al definirse la union hipostática de las tres personas en la misteriosa Trinidad. El Patriarca de Constantinopla reconocerá la supremacía del Pontífice de Roma. El imperio griego, cuya grandeza crece en los celajes de la leyenda, se acogerá humildemente á los pliegues del manto, grande como el océano, que lleva la Iglesia católica. Santa María dei Fiori, nuestra Catedral, será mas digna de admiracion que por las bellas proporciones recibidas del genio de Arnolfo, que por el airoso Campanile, nacido de las hábiles manos del Giotto, que por la rotonda milagrosa de Bru-

neleschi, por esa palabra de paz en la cual habrán de confundirse las almas de dos pueblos y la esencia de dos civilizaciones. Tan fausto suceso regocijará al Papa, y en su regocijo llegará hasta conceder á quien le presta asilo seguro en ciudad hermosísima, la libertad de un pobre monje atado á su órden, más por la fatalidad y por la desgracia que por el propio pensamiento y albedrío.

—Perfectamente hablado. Con toda mi voluntad os ofresco pedirlo, pero no creáis que con todo mi poder logre alcanzarlo. A medida que las pretensiones, casi heréticas, por un cambio de disciplina, crecen allá en los Padres del Concilio de Basilea, la resistencia del Papa á todo cambio crece tambien. Porque Papa y Concilio aspiran á una pureza en la idea y á un rigor en la disciplina que les sirva, no solamente para dirigirse á sí mismos, sino tambien para infundir á sus émulos.

—Comprendo y me explico todo cuanto decís; pero aguardo por lo mismo una verdadera victoria. Ir al palacio de Cosme y no encontrar un beneficio seria como ir al mar en busca de agua y no encontrar un sorbo. Por consecuencia, no insisto más. En cambio fiaos á mí y de mí esperad cuanto queráis.

—Sí, quiero que me pinteis al fresco una habitacion.

—Mandad y obedeceré.

—Obligadísimo quedo.

Y el fraile y el político se dirigieron sendas reverencias y se apartaron uno de otro muy satisfechos.

Así que hubo desaparecido el pintor, llamó el magistrado á su señora y le mostró el cuadrito, de cuyas bellezas hizo extraordinarios encarecimientos, como verdadera maestra en las artes, por la correccion del dibujo, la suavidad del colorido, la belleza de las figuras, el arte de los contrastes, la dulzura que tenían aquellos ángeles tan delicados, la sencillez y la verdad de María, el acierto en la agrupacion, la ciencia unida al sentimiento.

—¿Y cuánto dirás que pide por esta obra que te consagro á tí?

—Hermosísima es; pero siempre pedirá algo extraordinario, porque cada artista cree que cada Médicis tiene un Crespo en el cuerpo.

—Pues pide que lo case,

Y Cosme y su mujer se rieron á carcajadas igualmente ruidosas de esta donosísima ocurrencia.

CAPITULO III.

El Concilio de Florencia.

Era el día seis de Julio del año mil cuatrocientos treinta y nueve. La ciudad de Florencia estallaba por haber acudido de todas las regiones de Italia y muchas otras del mundo gentes innumerables á su seno. Correspondiendo á tanto obsequio, excedieron los florentinos á sí mismos en regocijos y festejos, á los cuales solo una ocasion necesitaban, que iban continuamente aquellos artistas buscando un propósito de divertirse ellos mismos, bajo el plausible pretexto de divertir á los demás. Si cualquiera pasara por sus calles sin conocerlos en sus milagrosas obras y en su espléndida historia, tomáralos por locos rematados al ver la furia con que se entregaban á sus fiestas y á sus alegrías. En aquella colmena del trabajo donde se producian y se daban á la sazón tantas bellas cosas, ordenóse la mas completa ociosidad por algunos dias. En cada casa multitud de trofeos, banderolas, gallardetes, guirnaldas, cintas y flores; en cada calle comparsas de danzas acompañadas de orquestas con coros y vestidas de caprichosos y multicolores trajes; en cada plaza mesas al aire libre llenas de manjares, apercebidas á un festín público y perpétuo. Cuando más en órden estaban aquellos festejos, interrumpíanse bruscamente á causa de que venia la corte. Y la corte era una especie de ejército compuesto por millares de devotos al placer; encabezado por ginetes de riquísimas armaduras resplandecientes sobre lujosos arneses; seguido de bufones, titiriteros, atletas, saltadores, juglares, los cuales con gestos, gritos, versos de su cosecha y tocatas sacadas á diversos instrumentos, despertaban por donde quiera que discurrían la mas desenfrenada algazara. Señalábanse los habitantes de cada barrio y aun